

Otros dos papas

León XIV, sucesor de Francisco

Two other Popes

Leo XIV, successor of Francis

Asdrúbal Aguiar*

RESUMEN

En este artículo, se analiza la complejidad del liderazgo papal en la Iglesia católica a partir de la transición entre el papa Francisco y su sucesor, León XIV. A través de una reflexión filosófica y teológica, se contrasta la realidad temporal del Vaticano como Estado con su dimensión espiritual y universal como Ciudad de Dios. Se aborda la influencia del pensamiento moderno, en tensión con la tradición cristiana. El texto subraya la continuidad del mensaje evangélico en medio de los estilos personales y carismas particulares de los pontífices —uno jesuita, el otro agustino— y las exigencias contemporáneas, evitando simplificaciones sobre ruptura o continuidad, y destacando el carácter misionero, humano y trascendente del nuevo pontificado, por estar anclado en los Evangelios.

PALABRAS CLAVE: pontificado, Francisco, León XIV, teología, principios filosóficos

ABSTRACT

In this article, the author examines the complexity of papal leadership in the Catholic Church through the lens of the succession from Pope Francis to his successor, Leo XIV. Through a philosophical and theological reflection, the paper contrasts the temporal reality of the Vatican as a state with its spiritual and universal dimension as the City of

* Miembro de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias, Artes y Letras y secretario general del Grupo IDEA. Doctor en Derecho. Jurista, escritor, catedrático.

God. It addresses the influence of modern thought, often in tension with Christian tradition. The text highlights the continuity of the evangelical message amid the personal styles and distinct charisms of the pontiffs—one Jesuit, the other Augustinian—and the demands of the contemporary world. It avoids simplistic notions of rupture or continuity, emphasizing instead the missionary, human, and transcendent character of the new pontificate, grounded in the Gospels.

KEYWORDS: *pontificate, Francis, Leo XIV, theology, philosophical principles*

La revolución provocada por Kant desplaza el absoluto para hacerlo residir en lo que debe ser: el absoluto verdadero es el moral. Esto lleva, dice Fichte, a subordinar lo que es a lo que debe ser, y no lo que debe ser a lo que es: el ideal domina a la realidad... La vieja metafísica se imaginaba al absoluto como un ser acabado, como una sustancia inmóvil, consecuentemente como una cosa, (...), no el espíritu activo. El absoluto, según los principios fijados por Fichte, es aquello que se produce a sí mismo, es lo que tiende a realizarse como un desarrollo que no termina; de donde la tendencia no se concibe sino con vistas al ideal, al bien, a lo que debe ser.

A. Fouillée, *Histoire de la philosophie*, Paris, 1826

La Iglesia católica, por católica es universal y, como ideal, verdadera. Debe dominar a la realidad: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”, se lee en Mateo 18:20. Por *petrina* es romana. Su guía espiritual es la Cátedra de Pedro y sus sucesores, los obispos de Roma. Es milenaria dada su fundación por Cristo, por el Ungido, mesías profetizado y Salvador. Tanto como es local y temporal por situada —valga la metáfora de San Agustín, obispo de Hipona— en la

Ciudad del Hombre. Pero es la que es, dada su naturaleza y esencia, por proyectarse, por justificarse en la Ciudad de Dios; de modo que es, a la vez, deslocalizada y atemporal, infinita ante la finitud de sus líderes espirituales, seres humanos perfectibles y llenos de falencias. Y por situada en la Ciudad del Hombre es una iglesia de pecadores.

Esa complejidad referida, que se nutre sin exclusiones de temporalidad y atemporalidad, de localización y deslocalización, de finitudes e infinitudes, también es lo propio de Jesucristo, el Salvador, Dios y hombre verdaderos (1 Timoteo 3:16), el único Dios, el único Hombre. Muerte y resurrección son, de suyo, las claves dogmáticas de la experiencia terrena y espiritual para los católicos; de donde, si en hipótesis muriese la Iglesia la recrearía su resurrección, así resten, de nuevo, los doce, como en sus inicios. Esa la promesa.

Este proemio, acaso abstracto para el lector, intenta explicar y ser apretada como coloquial síntesis de las circunstancias propias al delicado y exigente liderazgo de la catolicidad desde el Vaticano, sede del papado y referencia de unidad en la universalidad de su cosmovisión. Obviamente que, ello es así, sin desmedro de lo inconfundible, a saber, de la unicidad de la existencia perfectible de lo humano a partir de un alma que nos es propia a cada individuo —como el alma del poeta— y de un espíritu que, proviniendo del Uno, ilumina a cada uno y a todos desde su intimidad no transferible, para que luego comparta con otros su experiencia.

La Roma vaticana es, por añadidura, un Estado, como lo son los otros Estados. Tiene un gobierno y unas leyes temporales para su gestión política y pública. El papa es, como PAPA y en su acrónimo, *Petri Aspostoli Potestates Accipiens*: “el que recibe la potestad del Apóstol Pedro”. También es un jefe de Estado. Sus funciones como monarca teocrático y de carácter civil las delega en la persona que designa como

gobernador para el manejo de los asuntos internos —siempre lo fue un cardenal, hoy es una religiosa— mientras confía las relaciones diplomáticas a su Secretaría de Estado.

En suma, tierra y cielo encuentran un punto liminal o un puente de paso en el mundo de la catolicidad. Así ha sido siempre. Por lo que cada sumo pontífice, quien no es Dios en la tierra, sobre lo invariable marca o fija su talante al papado, si se quiere, define su estilo de pontificado, apegado celosamente, sí, a lo teológicamente invariable, el dogma o la fe revelada. De su prudente administración, en las circunstancias temporales propias de su temporal gobierno, podrán ocurrir énfasis de mayor o menor calado bajo la idea de que se justifica, bajo su criterio pontifical, para la búsqueda para todos de un reino que no es de este mundo, es decir, que la misma vida humana ha de ser realidad con destino y prometeica. No se agota ni se limita a su metabolización como polvo, dentro de la naturaleza y para su evolución, a la luz de sus leyes.

Suponer, entonces, la continuidad o la disrupción entre los papados, como entre Francisco, un santo hombre, de espíritu terreno, a quien le gustaba “callejear” —son sus palabras— para tropezarse con la gente y mirarla a los ojos y quien es, ahora, su sucesor, León XIV, es algo riesgoso y obra de la ligereza. Todo depende de cómo se sitúe a una u otra afirmación en el contexto complejo y dinámico de la Roma vaticana, someramente descrito. El santo padre recién elegido, tal como lo muestra su escudo, promete llevar el espíritu sufriente de Jesús, el emblema de su Sagrado Corazón, como la devoción protectora de su Madre, la Virgen María, hasta la tierra inculta que aún no los ha recibido o para atajar las realidades posmodernas que prescinden de ambos. Esa misión, en un misionero como él, en adición a su manifiesto compromiso con los pobres —signo de continuidad— ha declarado encontrarla el papa Prevost en las Cosas Nuevas, tras el culto posmoderno y acuciante del relativismo que domina en Occidente. De allí, más que disrupción su innovación, al emular el camino de León XIII.

En su obra *Ritos de Paso*, el autor Arnold van Gennep (2008) cree y sostiene, en perspectiva que no compartimos, que, “a medida que se descende en la serie de las civilizaciones” —tomando esta palabra en su más amplio sentido, dice— “se constata un mayor predominio del mundo sagrado sobre el mundo profano; en las sociedades menos evolucionadas que conocemos engloba casi todo: nacer, parir, cazar, etcétera, son en ellas actividades vinculadas a lo sagrado por múltiples dimensiones”.

¿Estamos, así, ante el dilema de papados que pueden juzgar de civilizada la atención preferente de la realidad objetiva, a la Ciudad del Hombre con debilitamiento de su teleología o finalidad, llegar hasta la Ciudad de Dios tal como es y es el deber eclesial elevarla hacia este otro nivel?

Esta pregunta la dejo al paso y solo como prevención ante las simplificaciones. El juicio apasionado y apresurado sobre la sucesión de Francisco, acerca de lo que se dejaría atrás y lo que viene, fluye como río desbordado en las trincheras del poder político y en la inmediatez del mundo de las redes. Así lo es desde antes del *Habemus Papam* y tras el fallecimiento de Jorge Mario Bergoglio, el padre Jorge, como prefería se le llamase a lo largo de su episcopado, ya en vía de regreso a la Casa del Padre. Vive él, aquí sí, su rito de paso y Robert Francis Prevost Martínez hace el suyo, ¿desde la residencia Santa Marta hasta el Palacio Apostólico?

I. Bergoglio, un discípulo de Guardini

Me es obligante, en este orden y ante el fallecimiento del papa Bergoglio concluyendo la Semana Mayor, poner de relieve y en su simbología la experiencia vital suya como su S. S. Francisco y cabeza de la cátedra petrina. No solo la catolicidad, sino otras religiones han sido sensibles ante su partida: “Los judíos argentinos lloran la muerte del Papa Francisco”, reseña *The Jerusalem Post*, en su portal del 22 de abril.

En las redes, algunos usuarios de trincheras le señalan vínculos con el progresismo. Hasta le califican de comunista o “medio comunista” como si cupiesen las medias tintas o los sincretismos de laboratorio al respecto o que la catolicidad admitiese partidizaciones, sin mengua de su universalidad. Su muerte no arredra a los más enconados.

He de admitir que, contando siempre con la bendición de su amistad, propiciada por Luis Ugalde, S .J. durante el ejercicio de Jorge Mario Bergoglio como cardenal arzobispo de Buenos Aires, quien me pide acompañarlo en su universidad, la Universidad del Salvador, una que otra vez, con respeto, consentí se le criticase como papa. Años más tarde leería yo una tesis sobre sus enseñanzas antropológicas en esa Casa de Estudios. Entonces ya me hacía eco del sufrimiento de los venezolanos y al no verlo arremeter contra la dictadura criminal que nos ha secuestrado, me era difícil comprenderlo.

El olvido

La muerte es olvido, no de quien muere sino en quien queda y queda impelido de vivir otra etapa ante la realidad de quien se va, y que al irse se asumirá como pérdida una vez como se descubre, siempre tarde, el valor modelador de las enseñanzas que deja en herencia. La ausencia de Francisco me impele a observar que, así como a este se le culpaba de omisiones, lo cierto es que a diario nos enojamos con el mismo Dios, todopoderoso, por nuestras desventuras. Nos asumimos, así, como seres inmortales, ajenos a las falencias e injusticias de nuestra humana condición, o, en nuestro caso, el de los venezolanos, reclamamos una mirada preferente por considerarnos las víctimas más necesitadas del planeta.

Nadie duda, eso sí, del acompañamiento constante y solidario, entre amenazas recurrentes y riesgos de vida, ofrecido por la Conferencia Episcopal Venezolana. Más no nos preguntamos si ¿acaso lo hace desafiando la autoridad del pontífice? ¿Olvidamos que, con sus reformas, dio autoridad a los episcopados para que se expresen en su nombre?

Si regresamos sobre las experiencias veremos que a Pio XII lo condenaban sus contemporáneos tachándole de connivencia con el Nacional Socialismo. No condenaba abiertamente los exterminios en los campos de concentración. Y la verdad era que, tras su postura discreta, en apariencia indiferente, le sirvió para darle protección a miles de judíos dentro los muros vaticanos. Eso le ocurrió al papa Pacelli (1876-1958) en un tiempo en el que las comunicaciones no gozaban de la autonomía e instantaneidad de las redes digitales, a cuya presión inclemente se ha visto sometida la Curia romana desde los inicios del tercer milenio.

Al sosegar las aguas encrespadas, por obra de su fallecimiento, cabe que nos preguntemos, serenamente, sobre el porqué o los muchos porqués de esos proverbiales silencios que se le cuestionaban a Francisco. ¿Era comunista? ¿Un papa insensible, ante el dolor humano? ¿Un enemigo de la libertad, como se repite, por haber departido con gobernantes de izquierda a lo largo de su pontificado? Porque si de rótulos se trata, ¿cómo es eso de que en su agonía recibe al vicepresidente J. D. Vance de Estados Unidos, emisario de un hombre del que siempre se dijo y machacó le desagradaba al santo padre, como Donald Trump? Si de olvidos se trata, ¿cómo pudo, en la hora de su muerte, más ocupado en pensar sobre la hora postrera y la promesa de la resurrección, canonizar al símbolo que unifica a todos los venezolanos, San José Gregorio Hernández? ¿Entendemos su mensaje?

Francisco, líder universal de la Iglesia católica, también soberano de un Estado sin cañones, el Vaticano, como se insiste, me confesó en Buenos Aires que pudo haber sido electo en el cónclave precedente al suyo el cardenal venezolano Rosalio Castillo Lara. Le profesaba una grande admiración, y lo cierto es que don Rosalio era un anticomunista militante. Sucesivamente, al momento de ser electo Francisco, los primeros en atacarlo fueron los socialistas del siglo XXI, los justicialistas porteños vinculados a los Kirchner, desde el diario *Página 12*: unos, sindicalistas, otros, exmiembros del Ejército Revolucionario del Pueblo —organización guerrillera y militar argentina marxista— afirmaban de él que era un fascista y que coludió con la dictadura militar. A su antecesor, Benedicto XVI, le tildaban de haber formado parte del movimiento hitleriano.

En mi experiencia, cuando le conocí y traté nunca dejó de ser Francisco un testigo viviente de humildad y pobreza franciscanas. Era un cura, como se dice y eso sí, de “villas miseria”, a las que acudía para encontrarse en el gran Buenos Aires con los más pobres entre los pobres. A ellos se entregó con devoción y espíritu misionero, y los hizo el centro de su Episcopado. Le fastidiaba el boato, el engolamiento palaciego, destacando su modesta cercanía en la cotidianidad del trato. Me pedía llamarle Padre Jorge, no su eminencia, tampoco monseñor.

Escribí sobre él mi libro *La opción teológico-política de S. S. Francisco* (2015), releiendo cuidadosamente su libro fundamental *Reflexiones en esperanza* (USAL, 1992) y su seminal ensayo *La nación por construir*, cuyo ejemplar me dedicó en 2005. Puedo decir sin ambages que acusarlo de comunista o marxista, más que un despropósito es una estupidez. Bergoglio, un hombre formado por los padres salesianos, al hacerse sacerdote hizo compromiso de vida con el credo de Ignacio de Loyola —la

llamada unidad de ánimos, o la unidad de corazones en la diversidad de lo que somos— y apelaba repetitivamente a las enseñanzas de Agustín de Hipona.

Aún más, compartiendo la llamada teología del pueblo —ajena a la de la liberación, que sí es marxista y violenta— se nutría del pensamiento del filósofo y sacerdote alemán Romano Guardini, a quien y a buen seguro descubrió cuando ultimaba su tesis doctoral en Alemania. La contradicción entre los extremos del comportamiento, sin posibilidades de complementariedad entre uno y el otro, siempre conlleva a la exclusión, es la tesis; en tanto que aceptándose como naturales las polaridades y relacionándolas ambas en sus complementos, media, según Guardini, una tensión humana que permite la inclusión. Ese fue, en sustancia, el GPS del Padre Jorge. Guardini, en efecto, le mostraba como idea la de un hombre decidido a brindar a esta época elementos para un pensamiento integral, demandaba un esfuerzo de diálogo y síntesis entre el realismo y la concepción moderna del hombre. Nada más, nada menos.

Su legado, la cultura del encuentro

Como ejemplaridad para lo social, el sucesor 266 de Pedro y papa fallecido nos deja como bienes morales sus cuatro encíclicas, la primera escrita a dos manos con su predecesor, Benedicto XVI, sobre la fe, dirigida a la Iglesia: *Lumen Fidei* (2013). Le siguen *Laudato Si'* (2015) sobre el cuidado de la Casa Común, *Fratelli Tutti* (2020) sobre la fraternidad y la amistad social, y *Dilexit Nos* sobre el amor humano y divino del corazón de Jesucristo.

Es a la luz de estas que cabe, apropiadamente, juzgar a su pontificado, más allá del ruido de redes o del encasillamiento subalterno del papado para bajarlo hasta las sendas de una guerra informativa con la que se ha buscado destruir la tradición judeocristiana en occidente. Sería ello, de cederse, el final de esa iglesia milenaria, caso de que se nos ocurriese hacerla depender de una globalización mejor ganada para la

virtualidad, la relatividad de los datos y la negación de los tiempos, con su instantaneidad.

En *Lumen Fidei* recuerda que

sin verdad, el amor no puede ofrecer un vínculo sólido, no consigue llevar al “yo” más allá de su aislamiento, ni librarlo de la fugacidad del instante para edificar la vida y dar fruto... Sin amor, la verdad se vuelve fría, impersonal, opresiva para la vida concreta de la persona. La verdad que buscamos, la que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca.

Al escribir sobre el amor humano y divino en *Dilexit Nos*, cierra Francisco el círculo, afirmando, en desafío de la cultura del relativismo y el tsunami materialista que ha disuelto las certezas de lo humano bajo la gobernanza de lo digital, que

hoy todo se compra y se paga, y parece que la propia sensación de dignidad depende de cosas que se consiguen con el poder del dinero... El amor de Cristo está fuera de ese engranaje perverso y sólo él puede liberarnos de esa fiebre donde ya no hay lugar para un amor gratuito. Él es capaz de darle corazón a esta tierra y reinventar el amor allí donde pensamos que la capacidad de amar ha muerto definitivamente.

En medio de esas dos aceras sitúa los otros dos aspectos que se complementan y encuentran como nervio integrador al señalado, el conjugar las cosas e integrar nuestras dimensiones animal y humana “desde el corazón”.

Abordando la cuestión ecológica en *Laudato Si'*, sin dejar de poner su propio énfasis, al cabo lo hace en línea con la idea magisterial de sus predecesores. Observa que, evocando a Guardini, sin lugar a duda:

la novedad cualitativa que implica el surgimiento de un ser personal dentro del universo material —la creación en su conjunto o la Tierra— supone una acción directa de Dios, un llamado peculiar a la vida y a la relación de un Tú a otro tú.

“Cuando se propone una visión de la naturaleza únicamente como objeto de provecho y de interés, esto también tiene serias consecuencias en la sociedad”, advierte.

Y así finaliza: “La visión que consolida la arbitrariedad del más fuerte ha propiciado inmensas desigualdades, injusticias y violencia para la mayoría de la humanidad, porque los recursos pasan a ser del primero que llega o del que tiene más poder: el ganador se lleva todo”.

Nos deja S. S. Francisco la radiografía de lo que vio desde Roma y en su experiencia como obispo de la Ciudad Eterna:

Entre los componentes sociales del cambio global se incluyen los efectos laborales de algunas innovaciones tecnológicas, la exclusión social, la inequidad en la disponibilidad y el consumo de energía y de otros servicios, la fragmentación social, el crecimiento de la violencia y el surgimiento de nuevas formas de agresividad social, el narcotráfico y el consumo creciente de drogas entre los más jóvenes, la pérdida de identidad... Algunos de estos signos son, al mismo tiempo, síntomas de una verdadera degradación social, de una silenciosa ruptura de los lazos de integración y de comunión social.

Creyó haber encontrado una solución al problema de nuestro tiempo y su posmodernidad en la tesis del papa Ratzinger sobre la ecología humana, por integradora desde el redescubrimiento de lo esencial y faltante, la fraternidad humana. “¿Con quién te identificas?”, interpela: “Esta pregunta es cruda, directa y determinante. ¿A cuál de ellos te pareces?”.

Nos hace falta reconocer la tentación que nos circunda de desentendernos de los demás; especialmente de los más débiles. Digámoslo, hemos crecido en muchos aspectos, aunque somos analfabetos en acompañar, cuidar y sostener a los más frágiles y débiles de nuestras sociedades desarrolladas. Nos acostumbramos a mirar para el costado, a pasar de lado, a ignorar las situaciones hasta que estas nos golpean directamente.

Esto último, justamente, lo sabemos los venezolanos.

II. Diálogo póstumo

He señalado que la esencia del legado de Francisco, abstracción hecha de sus énfasis o estilos residirá en las cuatro encíclicas que suscribió a lo largo de su pontificado. La última, *Dilexit Nos*, nos pide volver al equilibrio necesario entre el sentir o lo tendencial animal en el ser humano y la razón producto del espíritu; ello, en modo de que podamos escapar de la voracidad consumista que, bajo su perspectiva y no faltándole argumentos, viene atrapando a la humanidad de nuestro tiempo.

Ese equilibrio, según él, solo se rescata a través del corazón. Apela a la filosofía invocando las enseñanzas de Platón: “Tanto el mandato de las facultades superiores como las pasiones se transmiten a través de las venas que confluyen en el corazón”, considera el papa. Hizo signo de su pontificado, así, la lucha contra el consumismo insaciable y la esclavitud de los engranajes del mercado.

Su crítica, siempre directa a ese contexto dominante e innegable, acelerado por la globalización y dada nuestra sujeción colectiva a las formas de gobernanza global digital y de la inteligencia artificial, sobre todo en Occidente, tiene su origen en algo que todos sabemos y constatamos, pero lo expresamos con palabras distintas. Me refiero a la emergencia de una cultura adánica que ha disuelto raíces y denuncia el paternalismo —la memoria nos avergüenza— al punto de que la ciudadanía de los internautas, así

como se ha deslocalizado de sus familias y naciones vive de realidades instantáneas, fugaces, líquidas. Es lo que Benedicto XVI calificaba de dictadura del relativismo.

La cuestión es que, al atacar Francisco directamente al capitalismo, condenándolo, y dada su proximidad de “gobernante” a gobernantes del llamado progresismo o globalismo, inevitable fue que las simplificaciones se hayan hecho espacio a la luz de categorías más propias del siglo XX y ya superadas. “El papa es comunista”, se dice y él lo rechazaba. Mas es contra tal simplificación que me permitiré avanzar sobre un diálogo imaginario con el pensamiento real de quien ocupase hasta hace poco la Cátedra de Pedro. Su santidad ejerció su elección, no hay que olvidarlo, en una doble condición: como cabeza de la Iglesia católica universal y como gobernante, como un actor político que fue cabeza del Estado Vaticano. Y todo Estado, el mismo Donald Trump, tanto como habla con el sátrapa de Corea del Norte o con su adversario Xi-Jin Ping, luego viajó a las exequias del pontífice, cuya última entrevista se la concedió al vicepresidente Vance.

No abordaré —es tema para mí subalterno y cancelado tras su muerte, y más complejo de lo que en apariencia se pudo haber mostrado— la cuestión de sus señalados vínculos con Cuba, Nicaragua y Venezuela, las tres dictaduras primitivas que medran en las Américas. Yo mismo, lo dije en un texto anterior, cedí a esas críticas y cargué con mi cruz —me lo pedía un amigo cardenal— al sentirme distante de quien fue mi amigo muy cercano como arzobispo de Buenos Aires.

Vuelvo a usar la muletilla. Así como a diario tratamos de escrutar al actual gobernante norteamericano para develar el significado de sus pasos en apariencia arbitrarios, como líder de una potencia mundial y mientras no pocos sacan sus apresuradas conclusiones para condenarlo o alabarlo, los adversarios de Francisco nunca le dieron el beneficio de la duda. ¡Que, si Trump es enemigo de los venezolanos,

por lo del TPS y el Tren de Aragua!, se ha repetido hasta la saciedad. Y ayer, no más, cuando su secretario de Estado coordina la extracción y le salva la vida e integridad personal a los asilados de la embajada argentina en Caracas, la mayoría de los venezolanos respiramos, alegres. Los más enconados afirman que se trató de una velada negociación con la dictadura de Maduro.

Pues bien, Francisco, en agonía, nos dejó a los venezolanos el regalo de la canonización de José Gregorio Hernández. Se resiente su silencio ante lo ocurrido con Nicaragua —¡y es que si no pone un mensaje en la red, para la cultura dominante no se está ocupando! —, se ha pasado por alto que fue el Vaticano, a través de Pietro Cardenal Parolín, el que arbitró con potencias amigas de la dictadura Ortega-Murillo para que dejase salir a los sacerdotes y monjas amenazados de encarcelamiento, por razones políticas. Los extrajo Francisco, con modos distintos, sí, a los de Trump: ¿Cuántos cañones tiene el papa?, preguntaba Stalin en 1935.

Las reglas de Jorge Mario Bergoglio, S. J.

Ahora bien, para entender el pensamiento del papa Bergoglio, si bien cabe afirmar que, como sacerdote y obispo fue próximo a la teología del pueblo con su opción preferencial por los pobres —tanto que tomó el nombre de Francisco de Asís— y, subrayándose que esa teología es la variante no marxista y pacífica de la violenta y marxista teología de la liberación, cultivada en Nicaragua por el cura Ernesto Cardenal, cabe conocer y discernir sobre las premisas que, tomadas de la filosofía y no de la teología, aplicó el fallecido santo padre en todos los ámbitos de su experiencia. Le sirvieron para analizar lo político, para adoptar decisiones dentro de la Iglesia, y para abordar los temas más complejos que marcaron a su pontificado.

Las escribió e hizo constar en su Exhortación Apostólica *Evangelium Gaudium* del 24 de noviembre de 2013, apenas ocho meses después de iniciarse su papado. De modo que no engañó a nadie: “El tiempo es superior al espacio; la unidad prevalece sobre el conflicto; la realidad es más importante que la idea; el todo es superior a la parte”.

Obviamente que esos postulados no me escandalizan, antes bien me sirven como anclajes para un diálogo pendiente, que han de hacerse las élites mejor amobladas intelectualmente y libres de presiones en el mundo: la inteligencia posmoderna, para ayudar a resolver, al menos coyunturalmente, sobre las incertidumbres y los grandes desafíos y peligros de la globalización. Francisco, elegido en un tiempo de liquidez global absoluta —como lo diría Zygmunt Bauman— y en su emergencia, se hizo de un GPS. Ninguno se prepara para ser papa. Era un ser humano, como lo son todos los príncipes de la Iglesia, y a buen seguro erró no pocas veces, como todos los que somos parte de la Iglesia y que, por ser humana y no de santos, la formamos pecadores. Ninguno puede tirar la primera piedra.

Veamos, entonces, y como abre bocas, esas cuestiones principistas o de método planteadas por Francisco y que fueron sus guías para decidir: ¿El tiempo es superior al espacio, la unidad prevalece sobre el conflicto, la realidad es más importante que la idea, el todo es superior a la parte?

Einstein, padre de la teoría de la relatividad, unificó al espacio-tiempo de modo de poder describir la ubicación y los momentos del universo. Ninguno prevalecía como dimensión. Mas al hablar del espacio, veo yo que me resulta esencial este en un mundo virtual como el dominante y deslocalizado, el de las redes; pero que, como asiento necesario para la convivencia —lugar de reposo familiar y de la comunidad, extraño al nomadismo sin identidad— adquiere su sentido el espacio tras el paso por él de las

generaciones. Sus enseñanzas decantan con el tiempo y se proyectan hacia el porvenir con el tiempo. Ambas categorías interactúan, y ninguna debería preferirse.

La interrelación entre la unidad y el conflicto la ve de imperativa el marxismo, que sitúa a la primera en el sistema social y sus superestructuras de dominio, dentro del que se enfrentan las clases. Empero, la cuestión es muy compleja, pues, así como Heráclito afirmaba que la guerra es la madre de todas las cosas, léase que el conflicto configura a la realidad, Platón y Aristóteles se empeñaron en encontrar un denominador o base común, una unidad subyacente a la diversidad o dispersión conflictiva del mundo: El Ser es único, inmutable, eterno e inalterable, diría Parménides. Pero si bajamos al plano de lo humano y su realidad, Heráclito respondería que “nadie se baña dos veces en el mismo río”, el primero pasa y luego fluye. Y si la idea de la unidad remite a la del género humano —y aquí avanzamos a la par sobre la hipótesis según la cual el todo supera a las partes, a tenor de Francisco— cabría observar que el individuo que hace parte de esa unidad, individuo es al nacer e individuo es a su muerte. La comunidad con la madre no se puede sostener más allá de 9 meses, a riesgo de que ambos mueran, mientras que al morir y tener cada uno de nosotros que rendir las cuentas propias, solo hasta las puertas del cementerio nos acompañan nuestros deudos.

En fin, qué la realidad es más importante que la idea, tal como lo predicara el papa, eso depende y puede dudarse. Bajo la perspectiva marxista, la realidad social y su historia condicionan a la conciencia y no a la inversa. Para el Aquinate, “el conocimiento (...) debe iniciarse desde la convicción de que la verdad es única y se alcanza como resultado de la colaboración entre la fe y la razón”. Es, así y ciertamente, un proceso en el que el conocimiento comienza por los sentidos y al aprehender a la realidad individual de las cosas a las que nos aproximamos o que conocemos, pero prevenidos y conscientes de que la Verdad no reside en ellas. Nos sirven como

trampolín para entender lo que es Supremo, según Tomás de Aquino. En suma, vivimos en la Creación como realidad, pero como seres humanos e inteligentes, cada uno como experiencia única intenta encontrar la Verdad y nuestras verdades profanas siempre resultan de una interacción dialéctica entre individuos distintos y plurales.

Al cabo, las polaridades hipotéticas comentadas y sus jerarquías no son extrañas a lo que somos, como creaturas débiles y perfectibles. Somos, cada uno, unidades/únicas, es decir, cada uno posee su individualidad inevitable dentro del conjunto y cada proyecto de vida es inherente y exclusivo de cada persona —ningún hermano posee siquiera el código genético de su otro hermano— a lo largo del camino de nuestras existencias. También nos realizamos en y junto a los otros, sin dejar de ser lo que somos, y hasta tanto la parca nos devuelva a la Casa del Padre, solos, unidos a Él.

En suma, reparando en el papa, ya de regreso este a la Casa del Padre, mal podemos verlo y juzgarlo como si fuese Dios en la tierra. Es un hombre siempre carenciado como todos y de méritos solo para que nos oriente sobre la Ciudad del Hombre, en un rito de paso que nos lleve más allá de la historia y de sus negaciones, hasta la Ciudad de Dios. Eso lo enseña Agustín de Hipona.

III. Aproximación a León XIV

La elección de León XIV como sucesor en la cátedra de Pedro ha sorprendido al mundo. No aparecía en las quinielas del mercado y su elección se presagiaba tormentosa, tras el repetido argumento de la división de la Iglesia católica entre cardenales progresistas y tradicionalistas. De un americano del sur tenemos ahora a un hombre de las Américas, en plural. No obstante, la pregunta que se repite y habrá de ser despejada por el electo es la misma: ¿continuidad o disrupción?

Y como las simplificaciones están a la orden del día, algo propio del ecosistema globalizador dominante, nutrido de polarizaciones y posverdades y de una contracultura

de la fugacidad, será pertinente esperar. Luego podrá situarse en sus justas dimensiones el sentido y la trascendencia del papado que se inaugura. Lo expedito en la deliberación del Cónclave indica que sí obró el Espíritu Santo. Los problemas de ayer siguen siendo los mismos, de allí que la continuidad se impone. El método para resolver acaso sea distinto, pues el carisma y la personalidad del pontífice son otros. Al cabo, los fundamentos de la Iglesia de Cristo cuentan con un respaldo milenario.

León XIV es un sacerdote agustino, prior que fue de su Orden y luego cardenal prefecto de la Congregación de los obispos y presidente de la Pontificia Comisión para América Latina. De 69 años, nacido en Chicago, de madre española y padre norteamericano, es descendiente inmediato de inmigrantes franceses y procedentes de España. Mas, el ahora pontífice, creado príncipe de la Iglesia por Francisco, sirvió como misionero y obispo en Chiclayo. Un hombre universal, en suma.

De apariencia sencilla, recatado, de sentido común según los que le conocen, ajeno a ser el centro de la atención fue llamado a Roma, donde previamente alcanza su licenciatura y doctorado en derecho canónico en la Universidad Angelicum. Su preocupación por la labor de la Iglesia en favor de los pobres y haber sido director de misiones de la Orden de San Agustín antes de ser arzobispo hubo de llamar la atención del papa recién fallecido.

Robert Francis Prevost Martínez, ahora sumo pontífice, un licenciado en matemáticas por la Universidad agustina de Villanova sita en Filadelfia, en su primera aparición en la Plaza de San Pedro evocó el ejemplo del papa Bergoglio, asegurando la uniformidad en la Iglesia católica. Mas el nombre que ha elegido, León, marca su decisión de atajar y conducirnos en el tiempo nuevo, *Rerum Novarum*. Tratará, es lo previsible, de hacer cesar las tendencias —exacerbadas por el mundillo de las redes y

resueltas tras su elección *fast track*— ofreciéndoles una perspectiva trascendente en un mundo de immediateces digitales.

Sin lugar a dudas el papa Prevost, por su oficio y el carisma de ser hijo de San Agustín, compartirá la opción preferencial por los pobres, al ser, además, más que un obispo estadounidense un prelado latinoamericano nutrido con las enseñanzas del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño); en lo particular, con las actualizadas en Aparecida de 2007 y alcanzadas bajo el pontificado de Benedicto XVI, tanto como realizadas con fervor magisterial por el mismo Francisco. El entonces papa Ratzinger precisaba lo siguiente:

La utopía de volver a dar vida a las religiones precolombinas, separándolas de Cristo y de la Iglesia universal, no sería un progreso, sino un retroceso. De allí ha nacido la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos: el Dios cercano a los pobres y a los que sufren.

Al presentarse ante la plaza de San Pedro, sin hacer menguar la serenidad de su sencillez y la firme ecuanimidad de su carácter, retomó los ornamentos papales, el llamado traje de coro, que incluyó la muceta. Y en sus palabras ante la urbe romana destacó su condición de agustino e hizo presente su vínculo afectivo con la ciudad peruana sede de su obispado y de habitantes cálidos.

De modo que, repito, habremos de esperar por las líneas intelectuales que trace en sus documentos apostólicos, para discernir sobre León XIV, lejos de las especulaciones más propias a los conciliábulos ocupados del poder político y por quienes aún se empeñan en hacer del Vaticano una filial de las internacionales posmodernas del progresismo y el nacionalismo: “Mi reino no es de este mundo”, predica Jesús (Juan: 18:36). A modo de ejercicio hipotético, sin embargo, algunos signos acaso pueden ser indicativos del cambio o de la continuidad metodológica a que

haya lugar en el gobierno de la Iglesia de Roma y su Estado Vaticano, sin que ello signifique la probabilidad de modificaciones o reinterpretaciones en el plano de lo teológico.

La escogencia por el papa de su nombre evoca el pontificado y la ejemplaridad de León XIII, Gioacchino Vincenzo Raffaele Luigi Pecci, que duró 25 años, fue puente entre los siglos XIX y XX, y autor de la celeberrima encíclica sobre las Cosas Nuevas, adoptada en un contexto crítico, el de la revolución industrial y las tensiones sociales que aparejaba hacia 1891. Su propósito era promover la protección de los trabajadores y su afiliación en sindicatos católicos con el objeto de ordenar sus relaciones con los patronos, alejándolos de la pugnacidad animada por los marxistas y los anarquistas, encontrando un equilibrio entre las corrientes liberal y socialista, y respetándose la propiedad privada.

Esa fue, al caso, la fuente nutricia posterior de los partidos y movimientos demócrata cristianos en las Américas, tras la visita a Roma de dos jóvenes líderes universitarios católicos, en 1933, reunidos en Congreso con sus pares europeos, el chileno Eduardo Frei Montalva y el venezolano Rafael Caldera.

La *Rerum Novarum* del presente —en medio de una acelerada relajación de los referentes morales y la punzante ansiedad en la que todos vivimos, como decía por su parte León XIII— están a la vista. Son las que deja Francisco y hacen presa de su sucesor. Sobre ellas habrá de proveer este, como guía espiritual de la cristiandad, a saber, sobre el desorden geopolítico y la cultura del relativismo sobrevenidos tras las grandes revoluciones industriales del siglo XXI, la digital y la de la inteligencia artificial (IA). “Caminar con Ustedes como una iglesia unida, buscando la paz y la justicia” ha sido el pedido inaugural del pontífice a sus “hermanos cardenales”.

El carisma agustiniano

El otro elemento de juicio a considerar, ya mencionado, es el carisma del papa elegido. Se trata de un cuidador de las enseñanzas de Agustín de Hipona, San Agustín. Estas, como principios filosóficos son útiles como aproximación para el manejo de las realidades temporales y en su testeo bajo las reglas que, para su acción social y eclesial, hizo suyas su predecesor. Constan en *Evangelium Gaudium* (2013), escrita por Francisco al iniciar su pontificado: “El tiempo es superior al espacio; la unidad prevalece sobre el conflicto; la realidad es más importante que la idea; el todo es superior a la parte”.

Así como Francisco pone un cable en tierra y atiende a la perspectiva cabalmente humana en su razonamiento —a los poderosos y los políticos solo les importa el espacio para instalarse, olvidando que lo esencial reside en los procesos e impulsarlos a lo largo del tiempo—, en la cosmovisión agustiniana la mente es el lugar en el que se produce la experiencia tanto del tiempo como del espacio. Siendo el tiempo presente del pasado, presente del presente y presente del futuro, a la luz de las enseñanzas del Obispo de Hipona, el espacio como el tiempo se viven e interpretan a la luz de cada experiencia y de su percepción. Son elementos, ambos y sin jerarquías, constitutivos de la realidad interior y espiritual del hombre.

La unidad agustiniana, en el mismo orden, reside en Dios y en su búsqueda por todos, en la armonía del alma, ha de ser lo común. Entretanto, el conflicto es lo propio de la lucha interior entre la voluntad y las pasiones, que incluyen a las divisiones políticas y sociales. Aun así, son el anverso y el reverso de la experiencia existencial: expresión esta de la Ciudad del Hombre y aquella de la Ciudad de Dios. Bergoglio, al respecto, se ubica para su reflexión en la cotidianidad de lo humano, soslayando la trascendencia sin negarla, exigiendo se aborden los conflictos sociales y políticos con

espíritu de colaboración, para sostener y privilegiar la unidad en la diversidad. De donde cabría una pregunta a ser resuelta: ¿Acaso en la unidad de los ánimos y mediante un sincretismo entre la luz y la oscuridad?

San Agustín regresa de nuevo al interior de la persona —cuya libertad bendice tanto como su natural vocación al bien, pues, en su criterio, el mal carece de entidad. Solo es ausencia o carencia de bien— explicándonos que la realidad y las ideas están íntimamente relacionadas, la una con la otra, pues son fundamentales para comprender la Verdad, que es la base de todas las ideas y es Dios mismo. No por azar, San Pablo dice que son los hombres quienes aprisionan la verdad con la injusticia; pues el mismo Dios se manifiesta en ellos —sus imágenes— y les muestra sus perfecciones invisibles haciéndoselas visibles a la inteligencia, a través de las cosas creadas. La realidad objetiva, así, no es la que forma o precede a las ideas. Las ideas solo se aclaran en la inteligencia, recibida como don, en su verificación a través y en contraste con la obra material de la Creación. A *Evangelium Gaudium* le preocupa, antes bien, el divorcio de las ideas con la realidad tangible, tanto como si fuese posible una unidad de perspectiva sobre esta, en el marco de la diversidad humana y la experiencia única e irrepetible de cada persona.

En fin, en cuanto a la relación del todo con las partes, que a tenor de la aproximación terrenal del pontificado franciscano dicha totalidad enraíza con la misión de la Iglesia y en su opción preferencial por los pobres, según la perspectiva carismática de los agustinos la unidad como idea es la de Dios, mientras que las partes integran al orden cósmico en el que cada criatura tiene una función; su sentido es el propender al bien de la totalidad. Podría decirse así que, relacionándose la partes a través de Dios como un todo, no siendo perfectas ni eternas aquellas sino perfectibles, son, sin embargo, los testimonios de la sabiduría y la creatividad divinas.

Restaría decir, por lo pronto y al margen que, en consonancia con el principio del “buen vivir” (*Sumak kawsay*), ancestral de los pueblos indígenas y predicante de la armonía del hombre —varón y mujer— con la Naturaleza y su comunidad, tal como lo recoge la *Exhortación Apostólica Querida Amazonia* (2020), San Agustín apunta a lo universal, a la idea de la “vida buena”. Ciertamente, defiende las características y leyes inherentes a las cosas creadas, a la llamada naturaleza, pero pone su énfasis en la *voluntas beate vivendi*, como don de Dios dado a toda criatura humana, sobresaliente en la Creación.

Ello significa que, según Saturnino Álvarez (1988) y conforme a lo predicado por el santo de Hipona, la voluntad de vida buena se pierde si se le limita al *liberum arbitrium*; pues la arbitrariedad en la libertad conlleva al pecado. La voluntad de bien como poder ha de ser entendido, según este, para que se vuelva verdadera libertad o vida buena, como la liberación para hacer el bien e inmunizarnos contra la servidumbre. La vida buena no es, por ende, buen vivir. Es conciencia de libertad, como poder ordenado al bien, bajo la premisa de la *caritas*.

León XIV en su última homilía como obispo en Chiclayo, persuadido del sufrimiento, de las dificultades y del desánimo que cunden en no pocos y los lleva incluso a decir ¡Basta, Señor!, nos pide que “sigamos caminando”. Lo ha repetido hace pocas horas en Roma. “Solos no lo lograremos”, precisó. *In illo uno unum* (En Aquel que es Uno, somos uno) reza su escudo papal, tomado de un comentario de San Agustín al Salmo 127.

IV. Continuidad y disrupción en el papa de las Américas

Con tacto inteligente y serenidad firme, sin dejar de advertir que cuando sea necesario recurrirá “a un lenguaje franco que inicialmente puede suscitar alguna incompreensión”, Robert Francis Prevost, papa León XIV, nos ha dicho que su primer

compromiso es reafirmar la unidad en la fe compartida por la Iglesia Católica; lo que hace irrelevante el debate entre la continuidad y la disrupción de los pontificados, como si acaso fuese aquella una experiencia adánica o de instantaneidad digital.

Sus primeros discursos, hasta el 19 de mayo, son más que aleccionadores. Continuará en el camino sinodal e impulsará el diálogo interreligioso emprendido por Francisco bajo la idea de la fraternidad, ha dicho ante las delegaciones ecuménicas. Y convencido de que el adoctrinamiento es inmoral, pues impide el juicio crítico, ante los miembros de *Centesimus Annus Pro Pontifice*, ocupados en superar las polarizaciones y reconstruir la gobernanza global, vuelve aquel a León XIII para rememorarnos sus tiempos disruptivos; lo que le lleva a considerar que los problemas de cada generación son diferentes y la Iglesia, favoreciendo el diálogo entre culturas, ha de ofrecer, eso sí, su visión antropológica propia: “Un camino común, coral e incluso multidisciplinar hacia la verdad”.

Al cabo, la “verdadera autoridad es la caridad de Cristo”, ha dicho León XIV en su homilía al apenas iniciar su ministerio petrino. “Hemos visto cuál es la grandeza de la Iglesia, que vive en la variedad de sus miembros, unidos a su única Cabeza, ‘Cristo Pastor y Guardián’ de nuestras almas”, señala ante los miembros del Colegio Cardenalicio. Y reivindica los roles de estos como “los más estrechos colaboradores del papa”. Todos a uno. Nunca una parte confrontada con la otra.

Sabe, sí, que la Iglesia, en su continuidad milenaria, como en otras etapas difíciles de su historia, viene de trillar un contexto en el que el mundo, tras la caída del comunismo y la emergencia de la globalización, sobre todo en Occidente, parece haber optado por una ruptura epistemológica de muy negativa incidencia sobre su civilización y raíces. Le ha abierto espacios generosos a la cultura del relativismo. Ha dado a Dios por muerto, en línea con Nietzsche, asentía Benedicto XVI.

El recién electo Sumo Pontífice, tal como lo dice en su Homilía con motivo del inicio de su pontificado, desde la Plaza de San Pedro, nos convoca, por ende, para que

Con la luz y la fuerza del Espíritu Santo, construyamos una Iglesia fundada en el amor de Dios y signo de unidad, una Iglesia misionera, que abre los brazos al mundo, que anuncia la Palabra, que se deja cuestionar por la historia, y que se convierte en fermento de concordia para la humanidad.

Coloquialmente dicho, serían estas las líneas transversales de su programa de gobierno.

Y no es que prive la unidad sobre las partes o que la realidad sea superior a las ideas, tal como lo asumía Francisco para sus exégesis de las cuestiones terrenas y posmodernas y también eclesiales. La realidad, lo dice León XIV, es la cristiana, la que no se ve y es eterna. La otra, la visible, como tal es temporal (2 *Corintios* 4:18). Alcanzar al mundo que ha dado a Dios por muerto y visto que allí es donde reside el fermento de la exclusión y la pobreza que escandalizaban, justamente, a Francisco, es entonces lo que se propone como “estrategia”, si cabe la palabra.

Como la palabra viene desde lo alto y es ella la que justifica al apostolado misionero, la Iglesia, según aquel, debe dejarse interpelar por la historia, para asegurarse que sigue siendo fiel a su vocación más allá de la historia. “¿Qué dice la gente — pregunta Jesús— sobre el Hijo del Hombre?” (Mateo 16,13), rememora el santo padre durante la misa *Pro Ecclesia* que celebra en la Capilla Sixtina el 9 de mayo, dos días después su elección. Y ajusta que ello “conciérne a un aspecto importante de nuestro ministerio”.

Acaso reparando sobre la teleología de la Ciudad agustina del Hombre, a saber, la promesa de la Ciudad de Dios, el papa relee *Evangelium Gaudium*, la Exhortación Apostólica con la que su predecesor actualizó las enseñanzas del Concilio Vaticano II. A

Francisco le recuerda de manera repetida en sus primeros discursos y homilías, con claro propósito ejemplarizante ante la contumacia divisora de voluntades. Mas no retoma sus premisas filosóficas controversiales, como la de que el tiempo es superior al espacio, rescatando lo esencial y teológico de su citada Exhortación: “el regreso al primado de Cristo en el anuncio”.

Sin mengua del “cuidado amoroso de los débiles y descartados” —precisa el papa Prevost ante los cardenales como al encontrarse con los embajadores acreditados ante la Santa Sede— dice que su propósito es “renovar la aspiración de la Iglesia de alcanzar y abrazar a cada pueblo y a cada persona de esta tierra, deseosa y necesitada de verdad, de justicia y de paz”. Reconduce, pues, las realidades muy complejas y las injustas que hoy experimenta la Humanidad hacia el plano de unos valores que tienen su fundamento en la Fe y valen como razón práctica susceptible de compartirse:

Confío en que la Divina Providencia me conceda tener (...) las oportunidades que se presenten para confirmar en la fe a tantos hermanos y hermanas dispersos por el mundo y construir nuevos puentes con todas las personas de buena voluntad.

Bajo esa perspectiva León XIV discierne, innovando, sobre la complementariedad que se da entre el papa como obispo de Roma y su condición de jefe de un Estado, el Vaticano, inserto dentro de los intereses concretos de la comunidad internacional. Opta por hablar de la “familia de los pueblos” como concepto de lugar — en un contexto global deslocalizado— en el que se comparten alegrías y dolores a lo largo del tiempo; alegrías y dolores que han de ser celebrados o resueltos con vista a “los valores humanos y espirituales que la animan, como familia” y de suyo proceden del tiempo. Al efecto, precisa que la diplomacia pontificia habrá de ser la “expresión de la misma catolicidad” sobre el mundo; de su fe, respetando a las otras confesiones,

persuadida como está de “una urgencia pastoral” y de “intensificar su misión evangélica al servicio de la Humanidad”.

La Iglesia es el ecosistema y fuente de la verdad

Como prioridades globales a ser atendidas desde una perspectiva ética cristiana, entre otras, “la protección de la Creación” y la cuestión de “la inteligencia artificial”, naturalmente salva a la Iglesia de todo desplazamiento hacia una cosmovisión panteísta o dejarse atrapar por la lógica de lo fugaz y la virtualidad las redes. Su mensaje es decidir: “Ella [la Iglesia] es el vientre en el que también nosotros fuimos generados, el campo que se nos ha entregado para que lo cuidemos y cultivemos, lo alimentemos con los Sacramentos de salvación y lo fecundemos con la semilla de la Palabra” (León XIV).

En lo relativo a las grandes revoluciones industriales del presente —que lo impelen a retomar las enseñanzas y no solo el nombre de su predecesor, León XIII— ajusta ante los diplomáticos que le visitan que “las migraciones, el uso ético de la inteligencia artificial y la protección [que no la subordinación] de nuestra amada tierra” han de ser afrontadas, en el caso de los creyentes, a partir de una perspectiva cristiana, mediante un celoso respeto a la verdad: “Allí donde las palabras asumen connotaciones ambiguas y ambivalentes, y el mundo de las imágenes, con su percepción distorsionada de la realidad, prevalece sin control, es difícil construir relaciones auténticas”.

“No pueden existir una comunicación y un periodismo fuera del tiempo y de la historia”, dice. Al cabo la historia y el tiempo exigen asiento y sedimentación, en línea diversa a la naturaleza efímera de la ‘religión de los datos’, empeñada en sobreponerse a los extremos de la razón y la fe.

“Hoy, uno de los desafíos más importantes es el de promover una comunicación capaz de hacernos salir de la Torre de Babel en la que a veces nos encontramos, de la confusión de lenguajes sin amor, frecuentemente ideológicos y facciosos”, apunta León XIV (2025). “También se puede herir y matar con las palabras, no solo con las armas”, sentencia.

Acaso consciente —y sin el acaso— del contexto de deconstrucción cultural dominante a partir, sobre todo, de 1989, insiste en el papel fundamental que los medios tienen en la creación de cultura y espacios de diálogo y contrastes verdaderos. Hace un llamado renovado, así, a los postergados e ideológicamente distorsionados diálogos entre las culturas y las religiones. Desarmar las palabras —aquí sí hay clara continuidad con Francisco— “nos permite compartir una mirada distinta sobre el mundo y actuar de modo coherente con nuestra dignidad humana”, finaliza.

A la Ciudad del Hombre la coloca el papa León XIV como experiencia de arraigo humano y para alcanzar sociedades civiles armónicas y pacíficas, en la familia, “bien pequeña, es cierto, pero verdadera sociedad y más antigua que cualquiera otra”, argumenta. Pero destaca el deber de tutela que a todos nos corresponde, incluida la Iglesia y más allá de las polaridades ideológicas, a saber, el “favorecer contextos en los que se tutele la dignidad de cada persona”; desde los más frágiles e indefensos, desde los niños a los ancianos, desde el enfermo al desocupado, desde los ciudadanos a los inmigrantes. Todos, todos, igualmente repetía el papa fallecido.

Esos grandes vectores que pedagógicamente nos transmite el nuevo papa a fin de que conectemos con la Ciudad de Dios y podamos realizarlos en la del Hombre —así se lo refiere, con los cambios necesarios, a los cardenales, las Iglesias orientales, los periodistas, la comunidad de Hermanos de La Salle, el cuerpo diplomático— son y serán para él, en suma, tres, durante su pontificado: la *Paz*, vista como don, el primer

don de Cristo: “Les doy mi paz”, desarraigando el orgullo y las reivindicaciones, y midiendo el lenguaje, pidiendo por la paz en Ucrania y por la paz sin sesgos en “Tierra Santa”; la *Justicia*, atendiendo a las desigualdades globales y viéndose en su propia experiencia de descendiente de inmigrantes, sufrientes de la deslocalización, como igualmente le ocurre a la feligresía oriental, cuya identidad la trastorna la violencia; y la *Verdad*.

La Iglesia no se eximirá de decir la verdad, sobre el Hombre y el mundo, así no se la comprenda, insiste. No la separa León XIV de la caridad, como preocupación por “la vida y el bien de cada hombre y mujer”. No es algo abstracto, refiere. Es el encuentro, dentro de cada realidad y los desafíos de su tiempo, con la persona de Cristo, “que vive en la comunidad de los creyentes”. “Su sutil voz de silencio” es la forma en la que Dios se comunica con todos y cada uno de nosotros, comenta.

El privilegio de la Palabra anunciada y enseñada, y extendida a todos los rincones del mundo, para que Cristo vuelva a ser el fermento y se conjuren los peligros y se restañen las heridas y las divisiones, la concreta su santidad como la piedra angular de su misión apostólica. A la sazón pide a los Hermanos de La Salle, como educadores, “la atención a la actualidad” y comprender que “la enseñanza en la comunidad” es dimensión ministerial y misionera.

Lo disruptivo y emblemático en León XIV, en suma, será el atender a las Cosas Nuevas o *Rerum Novarum* ya presentes, que habrán de resolverse bajo la idea de continuidad en lo permanente, con “la prudencia y la reflexión” tal como lo indican los *Proverbios* (3:21), e inspirado en la Sabiduría de quien fundó la tierra y consolidó los cielos con inteligencia (3:19). Su personalidad le ayuda. Estas son sus palabras:

Hoy la Iglesia ofrece a todos, su patrimonio de doctrina social para responder a otra revolución industrial y a los desarrollos de la inteligencia artificial, que

comportan nuevos desafíos en la defensa de la dignidad humana, de la justicia y el trabajo.

V. Post Scriptum

El autor de *Ritos de paso*, citado al principio de estas notas, escribe para decirnos que “el viaje al otro mundo y la entrada en él comportan una serie de ritos de paso cuyos detalles dependen de la distancia y de la topografía de ese mundo” (p. 213), que es desconocido y que cada cultura le asigna su interpretación.

Al papa Francisco, al cerrársele su féretro y antes de que lo llevaran al sitio en el que reposarán sus restos mortales, en la Iglesia de Santa María (la) Mayor, a la que acudía para rezar desde antes de su elección y tras cada viaje apostólico, le fueron colocadas a su lado unas monedas de oro, en número de doce, para simbolizar los años de su pontificado. Se le agregó el “Rogito” o decreto pontifical que resume, sobre un pergamino, sus logros y su legado, y sobre su cara se depositó un velo blanco de seda significando su pureza, la esperanza en la resurrección.

Gennep, casualmente, rememora en su libro el rito del “óbolo a Caronte”. Lo ha encontrado en Francia, donde se entregaba al muerto la más grande de las monedas de plata poseídas “a fin de ser mejor recibido en el otro mundo”. No es del caso en Francisco y cabe destacarlo. Siempre sostuvo que el valor del dinero puede comprometer a la Fe y vale cuanto está orientado al bien común. Días antes de su expiración era consciente de su regreso a las manos de Dios y de la promesa que hizo a la Virgen María, cuya muerte se la hizo ver y le pidió servir hasta su último minuto. Su rito de paso, en suma, se lo ha ganado con creces y por ser un don gratuito de la Providencia y su misericordia infinita.

Propongo en consecuencia llamar ritos preliminares a los ritos de separación de un mundo anterior; ritos liminales (o umbral) a los que se realizan durante la

etapa de transición; y ritos posliminales a las ceremonias de incorporación al mundo nuevo. (Van Gennep, 2008, p. 38)

Referencias

- Álvarez, S. (1988). La Edad Media. En V. Camps (Ed.), *Historia de la ética*, I. Editorial Crítica.
- Francisco, S. P. (2013). *Lumen fidei*. Libreria Editrice Vaticana.
- Francisco, S. P. (2015). *Laudato si'*: *Sobre el cuidado de la casa común*. Libreria Editrice Vaticana
- Francisco, S. P. (2020). *Fratelli tutti: Sobre la fraternidad y la amistad social*. Libreria Editrice Vaticana.
- Francisco, S. P. (2024). *Dilexit nos*. Libreria Editrice Vaticana.
- León XIII, S. P. (1891). *Rerum novarum*. Libreria Editrice Vaticana.
- León XIV, S. P. (2025, 10 de mayo). *Discurso del Santo Padre León XIV al Colegio Cardenalicio*. <https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/speeches/2025/may/documents/20250510-collegio-cardinalizio.html>
- León XIV, S. P. (2025, 12 de mayo). *Discurso del Santo Padre León XIV a los representantes de los medios de comunicación*. Aula Pablo VI. <https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/speeches/2025/may/documents/20250512-media.html>
- Van Gennep, A. (2008). *Los ritos de paso*. Alianza Editorial.